

¿Qué nos prometen los nuevos partidos salvadoreños?

Lo que opina la Revista

El 1º de Junio del corriente año se piensa reunir la nueva Asamblea Legislativa. Esa es, al menos, la norma constitucional. En el ambiente político nacional se nota cierto despertar. Muchos se han persuadido de la gran conveniencia que tiene para la nación unas elecciones limpias de legítimos representantes. Los partidos políticos comienzan a pulular. A los dos partidos PRUD y PAR, que acudieron a la contienda política para la elección de la Contituyente del 1950, se suman dos: Alianza Democrática Salvadoreña y el Partido Demócrata.

Es una lástima que no haya partidos fijos con ideologías concretas y determinadas. Esto asentaría mucho nuestros vaivenes políticos. Hoy por hoy nacen los partidos como los hongos en determinadas circunstancias, y sus vidas son tan efímeras como la de ellos. La razón es clara. No hay en el pueblo conciencia política responsable. Y no la hay porque entre nosotros la normalidad política y constitucional ha sido siempre rara avis, una cosa rara.

Hay promesas de plena garantía electoral. Ojalá que así sea, y que las promesas no se queden en solas palabras. Sería la única manera de volver a la normalidad. De lo contrario el pueblo sano y de buena voluntad llegaría a la convicción de estar gobernado por un partido oficial, único y totalitario, lo que sería contra las normas democráticas de que tanto se alardea.

Este resurgimiento de los partidos políticos es una esperanza y una garantía. Pero también tiene su peligro. Da la experiencia que los móviles de los mismos no suelen ser ordinariamente grandes ideales en pro del engrandecimiento de la patria, lo que los mueve son otros fines bastardos e interesados. La causa es la ya antes indicada: que son partidos de circunstancias con programas improvisados. Así concebido el partido deja de ser un instrumento útil al servicio nacional para convertirse en una organización de defensa de intereses. Estos partidos son reprobables. Por-

que anteponen el bien particular y el bien de una clase al interés nacional de miras mucho más amplias.

Muchas veces los partidos no tienen más norma que la de conservar posiciones adquiridas, o la de conseguir reivindicaciones, o la de defender bienes particulares.

En estos casos las Asambleas Nacionales se convierten en campos de batalla sin otro fin que el de la defensa de los intereses particulares. Esto, naturalmente, va contra los intereses del pueblo y de la Nación, que son los verdaderamente perjudicados, porque sus representantes, mientras procuran defender con intransigencia tenaz sus propios intereses, abandonan el bien general de la Nación. Esto no debe suceder jamás.

Téngase presente que los partidos son para la Patria y no la Patria para los partidos. Sucederá a veces que por el bien general de la Nación habrá que hacer algún sacrificio. En estos casos el que se debe inmolar es el partido y no la Patria.

En los pueblos de grandes ideales así sucede, porque se sabe conservar firme la jerarquía de los valores.

De tejas abajo el bien de la Patria debe ser el supremo ideal político, después viene el bien particular. Mas cuando se palpa la realidad y se tropieza a cada paso con esas turbas de zánganos de colmena que cambian de chaqueta al cambiar las circunstancias, y que hoy adoran lo que antes odiaban, y que doblan servilmente su espinazo ante los hombres de la nueva situación con la única mira de seguir viviendo del presupuesto, la gente honrada, la de posición vertical y recta, acaba por aborrecer la política, porque la considera como campo abonadísimo de medros personales y egoísmos inconfesables.

Los nuevos partidos, ¿qué nos traen? ¿Grandes ideales patrios; amplitud de miras nacionales; deseos de que nos gobiernen los más aptos? Dios quiera que así sea.

Hasta ahora no conocemos sus programas más que en términos generales. Al considerarlos con serenidad uno se desilusiona casi todos son a base de halagos y promesas. Todos nos vienen prometiendo el oro y el moro. Es tanto lo que prometen, que va a ser muy difícil su cumplimiento. Todos son demócratas auténticos. Sus únicas miras y aspiraciones, el bien popular, el estructurar una patria grande.

El partido demócrata nos dice por uno de sus voceros: "Entramos en la lucha política sin ambiciones de poder (¡muy bien!) A nuestras filas están llegando y seguirán llegando elementos bien intencionados, patriotas, pertenecientes a todas las clases sociales. Por sobre todo queremos la unidad social salvadoreña. Lucharemos pues por la armonía social, y por crear un verdadero ambiente que haga efectiva la práctica de la democracia auténtica". (La Nación, 9 de febrero de 1952).

Frases magníficas por su espléndido contenido. Mas conviene meditar sobre las obligaciones que echan sobre sus hombros, si quieren conseguir

esa armonía social, que no podrá hacerse sino a costa de grandes sacrificios y de acortamiento de distancias entre las mismas clases sociales tan distanciadas...

El PAR, a su vez, nos dice: "Lucharemos por que la libertad sea un derecho de eterno respeto". Promesa vaga e indeterminada que por prometer tanto no promete nada. "Lucharemos por las cinco liberaciones siguientes: por un pueblo libre de miseria; por un pueblo libre de ignorancia; por un pueblo libre de opresión y de temor; por un pueblo de conciencia libre; por un pueblo libre de expresión, escrita y hablada". Muchas libertades son para que puedan ser una realidad. Además que algunas de esas libertades son contra la ley natural y divina. Eso ya no se llama libertad, sino libertinaje. Me temo que por ser tantas las libertades prometidas muchos las recibirán con cierta sonrisa burlona. ¡Las han oído ya tantas veces! (La Nación, 9 de Febrero de 1952).

Por su parte, Acción Democrática Salvadoreña, no se quiere quedar en zaga en cuanto a promesas. Lo que promete es lo siguiente: 1º) Defensa de la Constitución Política Nacional. 2º) Conquista de una democracia integral. (Un pequeño comentario: La democracia integral sostiene la enseñanza libre, y la Constitución que se pretende defender la rechaza. ¿En qué quedamos? ¡Continuamos con las promesas!..) 3º) Liberación económica nacional. 4º) Nacionalización de tierras e industrias. (Convendría aclarar este punto, porque aunque la doctrina católica no rechaza la nacionalización de ciertas industrias vitales para la nación, este principio enunciado a secas tiene cierto aire comunista). 5º) Unión política de los pueblos de Centro América. (La Nación, 8 de febrero de 1952).

Después de haber hecho este pequeño resumen de los ofrecimientos de los partidos citados, volvemos a repetir lo de antes: promesas y promesas. La masa popular no va a creer ni a unos ni a otros. Y cada cual se afiliará al partido que sospeche que mejor va a defender sus intereses particulares. Porque ya está harto de tanta "liberación", de tanta "libertad", de tanta "cultura" y de tanta "mentira".

La cuestión religiosa no la toca ninguno, y la tocan todos. No la toca ninguno, porque nadie la plantea, y la tocan todos porque, al omitirla, dicen tácitamente que no les interesa. La Iglesia es una realidad tangible en nuestra nación. Las manifestaciones religiosas del Agosto pasado a muchos les hicieron recapacitar. Y ahora, sin embargo, nadie se atreve a plantear el problema con entereza y serenidad. Y eso ¿por qué? ¿No saben que en el fondo de toda filosofía política está latente el problema religioso? Con pretericiones como ésta no se va a ninguna parte.

En la cuestión social pasa lo mismo. Todos prometen su resolución. Pero nadie se atreve a indicar las normas que piensa aplicar en la práctica. ¿Será el socialismo, el capitalismo liberal, el comunismo materialista? Ninguno de estos sistemas ha sido capaz de resolverla a fondo. El único sistema que la puede resolver amplia y justamente es el de la doctrina social católica. Si se quiere buscar la verdadera armonía en nuestra sociedad, no hay más remedio que aplicar a nuestros problemas la doctrina social de la Iglesia.

Nada nos dicen tampoco del problema álgido de la enseñanza. ¿Acaso no existe en el país? Las ofertas de libertad son amplias y generosas en todos los partidos, no vemos por qué se ha de excluir de esas libertades la libertad de enseñanza.

Ojalá sirvieran estas críticas de buena voluntad para orientar a los mentores políticos de los nuevos partidos. Dialogando se entienden los hombres, se solventan prejuicios, se aclaran ideas. Con buena voluntad de parte de todos podremos resolver nuestros problemas. Con egoísmos, tanto de los unos como de los otros, los agravaremos. Que la meta de todos sea una Patria grande y libre, en la que quepan holgadamente todos los salvadoreños.

